

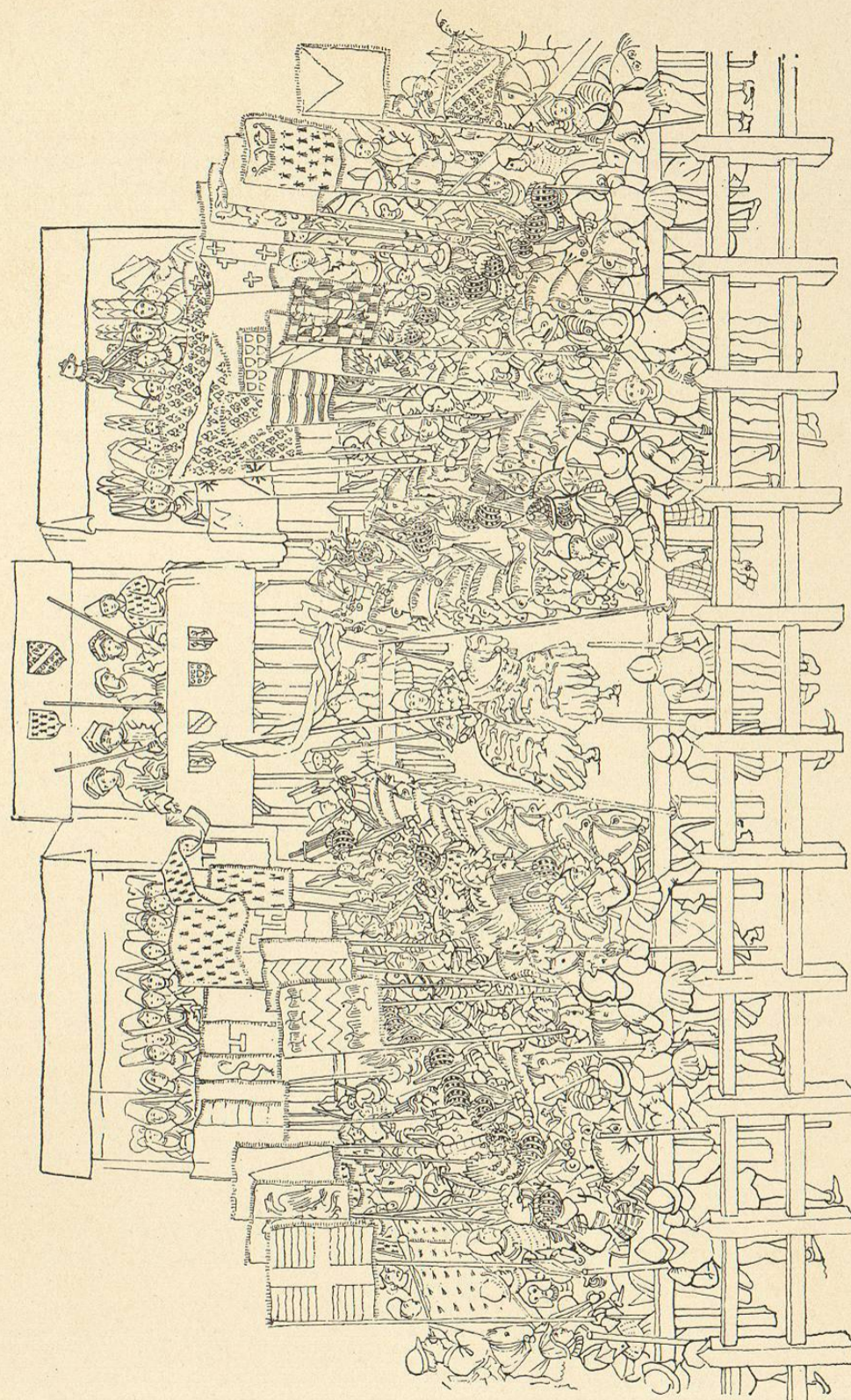
pensar en desistir de su empresa para no quedar tan ridículo como había quedado al sitiar á Beauvais.

La situación política había cambiado tanto, que la toma de Neuss poco habría aprovechado á Carlos de Borgoña, porque de todas las condiciones en que había basado su política temeraria, ninguna existía ya tal como la había calculado al principio. Luis XI había aprovechado tan bien los meses que Carlos había perdido delante de Neuss, que el poder de éste estaba completamente minado y debía derribarse irremisiblemente al menor choque. Sin que Carlos, con la mirada siempre fija en la empresa que tenía entre manos, echara de ver nada, el rey Luis, dándole continuamente seguridades de su amistad y alianza, le había cortado todas las relaciones con las cuales había contado para salir triunfante en el momento decisivo; le había rodeado de enemigos mortales, sin comprometerse á sí mismo ni comprometer los recursos de Francia; y el obstinado Carlos se quedó finalmente sin amigos ni aliados y expuesto á una tempestad aterradora ante la cual no podía menos de sucumbir.

Cuando Carlos de Borgoña intervino neciamente en la contienda de Colonia y situó su ejército delante de Neuss, Luis XI estaba ocupado con sus auxiliares diplomáticos en realizar la obra magna de la reconciliación de los Habsburgos con la confederación suiza, después de una enemistad de casi dos siglos. Los proyectos del duque de Borgoña, que amenazaban gravemente á las dos partes, hacían posible esta reconciliación. Los suizos conocían el peligro y estaban alerta desde mucho tiempo, porque no se hacían ilusiones respecto de la suerte que el duque les tenía reservada; y cuando durante el congreso de Tréveris temieron verse atacados á la vez por el Habsburgo y el borgoñon, solo encontraron apoyo en el rey de Francia, con el cual negociaron desde Berna por el intermedio de la familia patricia de los Diesbach. Desde el singular é inesperado fin que había tenido el citado congreso los Habsburgos nada bueno podían esperar ya de Carlos el Temerario, y el duque Segismundo, hasta entonces uno de los partidarios mas ardientes de la alianza entre las casas de Habsburgo y Borgoña, empezó á concebir recelos de perder sus ricas posesiones en el Mediodía de Alsacia, pues la conducta del brutal Pedro de Hagenbach no permitía dudar que Carlos pensaba incorporar definitivamente á sus Estados aquellas comarcas vecinas de la Suiza, que estorbaban su acción contra ésta. Así, tanto los suizos como los Habsburgos tenían el mismo interés en impedir aquella anexión definitiva. En esta identidad de intereses fundó Luis XI su trabajo diplomático. Después de haber firmado con los suizos á principios del año 1474 una estrecha alianza que le aseguraba en caso de guerra un número de soldados suizos á cambio de una subvención anual de 20,000 francos y del pronto auxilio armado que les prometió en caso de verse atacados por el duque de Borgoña, logró el rey de Francia que no obstante la repugnancia de ambas partes los plenipotenciarios del duque Segismundo y de los suizos hicieran en una conferencia que tuvieron en el mes de abril de 1474 en Constanza un arreglo de paz llamada perpetua entre la confederación suiza y los Habsburgos. Este tratado, si no era de paz eterna, por lo menos imposibilitaba por algun tiempo toda guerra entre las dos partes y unía las fuerzas de ambas contra los proyectos de conquista del duque de Borgoña. Además se prometieron las partes contratantes completo olvido de todos los agravios pasados y continuación pacífica del comercio; y finalmente cada parte se obligó á no permitir el paso por sus dominios á ningun enemigo de la otra. Estos pactos iban evidentemente dirigidos contra el duque de Borgoña. Este, que hasta entonces

había tratado á los suizos con insolente altanería, trató de dulcificar sus relaciones con la confederación; pero ni sus promesas ni su dinero produjeron ya impresión alguna, y sus enviados recibieron en todos los cantones respuestas evasivas ó ambiguas, excusas y pretextos.

No se contentó Luis XI con haber echado los cimientos de una gran liga defensiva contra la Borgoña, sino que dió luego un paso decisivo para expulsar al duque de su posición en el Mediodía de Alsacia, donde era una constante amenaza para los suizos. Las ciudades de Alsacia, Colmar, Muhlhouse y otras, cansadas de las extralimitaciones y provocaciones despóticas de Pedro de Hagenbach, corrieron á agregarse al arreglo «perpetuo» de Constanza; y muchas otras ciudades rhinianas, así como los obispos de Estrasburgo y de Basilea, siguieron su ejemplo. Además, y esto era en aquellos días lo mas importante, los opulentos municipios de estas dos últimas ciudades pusieron á disposición del duque Segismundo la suma necesaria para pagar al de Borgoña el préstamo y recobrar así sus territorios de la Alta Alsacia. El aviso de que las 80,000 monedas de oro estaban depositadas en Basilea y á su disposición fué para Carlos el Temerario un golpe que echaba por tierra todos sus cálculos; por eso contestó reclamando nuevas y considerables sumas por pretendidos gastos que había hecho en los territorios empeñados, y cuyo pago pidió antes de restituir la prenda pretoria. Hizo además poner á toda prisa en estado de defensa los castillos y ciudades fuertes que en aquellos territorios tenía ocupados, decidido á no restituirlos sino á la fuerza. La insolencia y despotismo con que al parecer se burlaba del odio general de todo el país, exacerbaba á los habitantes infortunados de aquellas comarcas tanto mas cuanto mas cerca veían ya su liberación del tirano, y todos se prepararon á una resistencia enérgica en la esperanza de ser pronta y eficazmente auxiliados por el duque de Austria y los suizos. Tanto fué el entusiasmo, que en diferentes puntos estallaron simultáneamente sublevaciones armadas; la pequeña ciudad de Ensisheim expulsó á su débil guarnición borgoñona, y rechazó victoriosamente el ataque que le dió el feroz Hagenbach, que á toda prisa había acudido para castigar á la ciudad rebelde. Viendo Hagenbach el mal aspecto que presentaba la situación dirigióse con sus fuerzas, compuestas de borgoñones y lombardos mercenarios, á Breisach para asegurar la posesión de este punto principal, y obligó á todos los habitantes válidos á trabajar hasta en los días festivos y de la misma pascua de Resurrección en las fortificaciones de la ciudad y en nuevas obras que construyó para la defensa del puente sobre el Rin. Se decía que para poderse sostener mas tiempo en la ciudad con sus soldados, en caso de verse atacado, estaba decidido á no dejar entrar á los habitantes, á quienes obligaba á trabajar en las fortificaciones exteriores, y hasta á matar á los que quedaban dentro para suprimir bocas. Mas ya había llegado la hora de este tirano feroz; sus soldados alemanes, en número de 200, mercenarios como los demás, no quisieron prestarse á ejecutar el plan sanguinario de matar á los infortunados habitantes, sus compatriotas, y se entendieron con ellos. Al día siguiente pidieron á Hagenbach sus atrasos de paga, y siendo la contestación una negativa acompañada de amenazas de muerte al encargado de reclamar el pago, se arrojaron sobre el tirano y le entregaron al consejo municipal, que le puso á buen recaudo. Los mercenarios borgoñones y lombardos, viendo que toda resistencia sería inútil, se dieron por contentos con poder marcharse sin ser molestados: la ciudad de Breisach había recobrado su libertad. Al propio tiempo se levantaron en armas los habitantes de Estrasburgo y recobraron los territorios que el duque les había



Copia de un dibujo de la obra del rey Renato: *Traictié de la forme et devis d'unq Journoy.*

arrebatado. El ejemplo de estas dos ciudades fué pronto imitado por otras y en toda la Alsacia se celebró con la Pascua la liberación del yugo borgoñon. En vista de esto, el duque de Austria tomó también una actitud decisiva y se posesionó de los territorios empeñados sin aguardar á que el duque Carlos, que cada día presentaba nuevas reclamaciones para eludir la restitución, cobrara el dinero depositado en Basilea. El de Austria envió para tomar posesión del gobierno de aquellos territorios al caballero de Eptingen, que fué recibido en todas partes con demostraciones de satisfacción y alegría. Segismundo entretanto entró en Breisach y su primer cuidado fué reunir un tribunal compuesto de diez y seis nobles de la Alsacia y representantes de las ciudades de Estrasburgo, Colmar, Schlettstadt, Breisach, Friburgo del Brisgau, Basilea y hasta de las ciudades suizas Berna y Soleure. De todas partes del país acudieron grandes masas de curiosos para presenciar el fin del feroz tirano, que compareció el 9 de junio de 1474 ante el tribunal, reunido en la plaza del mercado de Breisach; Iselino de Basilea leyó el acta de acusación y varios testigos confirmaron todos los puntos especiales. El defensor del acusado negó al tribunal la competencia de juzgar á un empleado del duque de Borgoña, lo cual no dejó de impresionar á los jueces y de hacerles temblar ante la terrible perspectiva de la venganza del duque. Doce horas duró la sesión, y cuando ya se habían encendido las antorchas el tribunal pronunció la sentencia de muerte contra el acusado, el cual durante todo el tiempo había conservado una actitud tranquila y digna, y solo suplicó que le decapitasen para cumplir la sentencia. A petición de los nobles del tribunal, fué expulsado de la clase y despojado de las insignias de nobleza, y siendo ya noche fué conducido al patíbulo, levantado en un prado extramuros de la ciudad, donde le aguardaba el verdugo de Colmar, por tener más fama en su especialidad. El reo subió al tablado con paso firme y desde él se dirigió á la multitud reunida, diciendo con voz clara y sonora que habría preferido morir con las armas en la mano; que sentía la mucha sangre que había de costar la suya, pues que el duque había de vengar su muerte; que le dolía haberla merecido y quizás una pena mayor; pidió perdón á cuantos había maltratado y tiranizado como gobernador durante los cuatro años que había ejercido este cargo, porque había sido hombre como los demás; y finalmente suplicó á todos que rogaran por su alma y al duque Segismundo que hiciera cumplir su testamento, en el cual había dejado á la iglesia de Breisach su cadena de oro y sus 16 caballos. Después habló un corto rato con el confesor que le asistía, y últimamente cumplió el verdugo su misión.

Entretanto que esto sucedía en Alsacia, Carlos de Borgoña continuó tercamente el sitio de Neuss, que duró muy cerca de un año. Carlos creyó que no debía abandonar la empresa hasta apoderarse de la pequeña plaza para no quedar en ridículo; pero destacó una división de su tropa mercenaria á Alsacia para castigar cruelmente á los rebeldes y vengar la muerte de su lugarteniente. Al mismo tiempo instó al rey de Inglaterra para que realizara la invasión en Francia que habían pactado, y trabajó para reconciliarse con los suizos, tranquilizándoles respecto de sus intenciones, á fin de separarles de la alianza con el Habsburgo y con el rey de Francia; pero todo fué inútil, porque nadie se fió ya de sus promesas y la soldadesca que había enviado á Alsacia hizo cuanto pudo con sus atrocidades para mantener viva la memoria del feroz gobierno que aquellas comarcas habían sufrido en los últimos años.

Luis XI no se contentó con este resultado. Deseaba que los suizos tomaran la ofensiva contra el duque de Borgoña,

para ahorrarse por su parte de hacerlo y evitar las cargas y peligros anexos á semejante empresa, pues su mayor satisfacción era hacer sacar á otros las castañas del fuego y comérselas él; pero le costó mucho trabajo esta vez decidir á los suizos á salir de su defensiva, en la cual todas las ventajas estaban de su lado, para hacer la guerra fuera de su país y á favor del rey de Francia y del emperador de Alemania. Sin embargo, el rey de Francia tenía muchos partidarios en Suiza, como en Berna la familia Diesbach, y gracias á estos y á los trabajos diplomáticos de sus agentes logró que en 2 de octubre se firmara entre su embajador y Nicolás de Diesbach un convenio según el cual el rey de Francia solo en ocasiones extraordinarias estaría obligado á auxiliar á los suizos con fuerza armada, mientras estos se obligaron á mucho más, como por ejemplo á tomar la ofensiva contra el duque de Borgoña cuando el rey Luis los llamara, sin que por esto el rey quedara obligado á hacer otro tanto y á quebrantar la tregua. Para ratificar este convenio reuniéronse los cantones suizos en asamblea en la ciudad de Lucerna, donde los embajadores de Luis repitieron sus quejas y acusaciones contra Carlos el Temerario, y sus promesas de buenos consejos, de auxilio armado y de dinero. En prueba de su sinceridad el rey, por boca de su embajador, suplicó á los cantones que aceptaran de su parte un regalo anual de 2,000 libras (francos), porque deseaba tener tan esforzados guerreros por amigos, y poder emplearlos á su sueldo en campañas y guerras, sin que por esto los cantones tuvieran que comprometer sus relaciones pacíficas con otras potencias. Hubo mucha oposición en la asamblea; muchos calificaron el convenio de ocioso y hasta de peligroso, otros decían que teniendo la confederación pocos soldados para su defensa, no estaba bien venderlos, y la mejor política sería no entrar siquiera en tratos con reyes ni príncipes. Por la parte contraria se ponderaron las ventajas y el honor que á la Suiza resultarían de un convenio hecho con el monarca más poderoso; que esta alianza aseguraba la independencia de su país y la paz interior, y que sus hijos al regresar del servicio militar en Francia, formarían un valioso núcleo de un ejército moderno y aguerrido que haría respetar á la confederación por todos sus vecinos. Se alegó también que la obligación de tomar la ofensiva contra el duque de Borgoña para ayudar á los alsacianos contra las hordas de soldadesca mercenaria enviadas para castigarlos era una necesidad, pues que los suizos con su suelo ingrato se verían muy comprometidos sin los cereales y el vino de Alsacia. Este último argumento acalló las últimas dudas, y el 26 de octubre fué ratificado el convenio, que puso al servicio de la Francia contra el duque de Borgoña la fuerza militar de Suiza, y que á trueque de algunas ventajas momentáneas y de grandiosos triunfos militares fué fatal para la Suiza y abrió para este país una era de decadencia.

Por aquel mismo tiempo el emperador Federico III pidió á los suizos como miembros del imperio su correspondiente auxilio armado contra el duque de Borgoña, que había invadido el territorio del imperio y estaba sitiando á Neuss. A la comunicación de los suizos en la cual manifestaban al duque que enviaban su contingente contra él como enemigo del imperio, contestó el impetuoso Carlos con la declaración de guerra seguida inmediatamente del ataque. Pero á fines de octubre penetró en la Borgoña meridional desde Berna un ejército suizo compuesto de contingentes de Schwytz, Uri, Lucerna, Zug, Glaris, San Gall y otros, además con contingentes de Suabia, de la Selva Negra y de algunas ciudades rhinianas, formando un total de 18,000 hombres. Este ejército puso sitio á la plaza fuerte de Héricourt entre Belfort y Montbeliard; y casi habría quedado arrollado por las